

ningun asiento. Francisco, habituado á semejantes tratamientos, se alegraba en estos casos de imitar la pobreza de Jesucristo y sus apóstoles. «Hé aquí la vida apostólica,» dijo alegremente á su compañero; y éste, digno colaborador de un apóstol, aceptó de todo corazón el servicio de una parroquia que tenía tan pocos atractivos. Dios bendijo tanto valor; los pueblos, en vez de ver en un sacerdote tan desinteresado y generoso, tan celoso é instruido, el hombre odioso que les habian pintado los ministros, solo vieron en él el ángel del Señor, se rindieron á su voz, y esta viña, que parecia tan árida, produjo frutos sobre toda esperanza (1).

El santo apóstol no abandonaba á sí mismos á los sacerdotes que colocaba en los diversos lugares de su misión. Comprendiendo que era necesario, no solo estimular y alentar su celo en las dificultades que encontraban á cada paso, sino establecer una marcha uniforme en el gobierno de las parroquias y la dirección de las almas, los reunia dos veces por semana en Thonon. Allí les daba una conferencia sobre casos de conciencia, cuyos principios proponia desenvolviendo su aplicación, de lo que resultaban, tanto para el bien de la misión como para la instrucción del clero, incalculables ventajas. Los sacerdotes le escuchaban con gusto é interés, no solo porque hablaba como maestro consumado, sino tambien porque evitaba en todas ocasiones hacer sentir su superioridad, colocándose siempre despues de sus hermanos y considerándose como el último de todos. El rector Marriquier cuenta en sus declaraciones, que viajando un dia con él el santo apóstol, no quiso nunca dirigir el oficio que tenían que decir en el camino, defiriendo este honor á Marriquier en su calidad de cura. Habiéndoles obligado la noche á detenerse en el camino, en una hospedería donde todo era tan pobre que no habia mas que una cama, se alojó allí con mas contento que en un palacio, tomó con alegría los pobres alimentos

(1) Carlos Aug., p. 148 y 149.

que encontró, y dejó, á pesar de sus instancias, la cama al cura, acostándose él en el suelo. Por aquí se puede juzgar si era posible que los sacerdotes no tuvieran la mayor deferencia á las lecciones de un compañero tan superior por su ciencia, y que tanto se abatía al mismo tiempo por su humildad.

Entretanto el demonio, furioso con lo que el santo apóstol hacia para destruir su reino en el Chablais, trató de vengarse, y se vió en esta provincia á varias personas poseidas y cruelmente atormentadas por este enemigo de todo bien. Estas recurrieron á Francisco, que pronunciando sobre ellas los exorcismos de la Iglesia, libertó á las unas y alivió mucho á las otras, convirtiendo de este modo la malicia del infierno en gloria de la Iglesia. Los ministros herejes, viendo con despecho las consecuencias que los pueblos sacaban de esto en favor de la religion católica, trabajaban en propagar ideas contrarias. Los unos, volviendo á su antigua calumnia, publicaban que el Prepósito era un hechicero y un encantador, que quitaba los males por el poder del demonio; otros, mas artificiosos, decian que estos endemoniados realmente no lo eran, siendo solo personas de una imaginación exaltada ó que padecian de los nervios; otros llegaron hasta á negar que existian demonios, ó que tuvieran poder de obrar sobre los cuerpos; y en apoyo de estas mentiras, repartian por todas partes un libro impío, lleno de injurias y de calumnias, compuesto por un pretendido médico de París contra los exorcismos que emplea la Iglesia católica. Francisco creyó deber refutar este escrito no menos peligroso que perverso, lo que hizo por medio de un tratado llamado de la *Demonomania*, ó de los poseidos del demonio. En esta obra, que no se ha llegado á imprimir, pero cuyo manuscrito original ha conservado la casa de Sales largo tiempo en sus archivos (1), empieza por establecer que la naturaleza angélica se co-

(1) Carlos Aug.—Tabla de las Piezas auténticas n. 138.

munica con la naturaleza humana; que, desde el pecado de Satanás está en relacion con el hombre, unas veces para inclinarle al mal y combatir su alma con los mas rudos combates, otras, cuando Dios se lo permite (y el Evangelio, la Historia Sagrada y profana atestiguan que lo ha permitido con frecuencia), para atormentar su cuerpo, transportarle á diversos lugares, agitarle, dejarle caer, obrar y hablar con sus órganos, haciéndose como su dueño y poseedor. El autor determina en seguida la estension y los límites de esta posesion, que no puede llegar nunca hasta forzar la voluntad y hacerla ofender á Dios á pesar suyo. Luego, determinando causas, establece que Dios la permite unas veces para castigar el pecado, otras para ejercitar la virtud de los suyos, y el demonio la obra por ódio á los hombres, describe sus pruebas y señales características; por último, indica los remedios que Dios, en su bondad, ha opuesto á un mal tan grande, y establece el poder dado á la Iglesia de libertar á los poseidos con los exorcismos; poder, dice, que está en ejercicio desde los primeros siglos de la Iglesia, porque, desde entonces, los apologistas del cristianismo alegaban á los paganos, como una de las pruebas mas fuertes de su divinidad, el poder milagroso por el cual todos los cristianos lanzaban los demonios de los posesos. Todas estas cuestiones profundas las aclara, las desenvuelve con ayuda de la Escritura, de los Padres, de la Historia Sagrada y profana, con una luz de esposicion perfecta, una lógica siempre exacta, y concluye diciendo que Dios, que pone un freno á la rabia de los demonios cuando atormentan á los posesos, pone tambien límites á su malicia cuando procuran inducir las almas al error, y trastorna sus artificios, descubriéndolos por la prudencia de la Iglesia; entonces, viéndose descubiertos, recurren al mundo, su agente oficioso, y le inspiran la violencia y la calumnia, que son como los dos brazos de que se sirve para atacar á los hijos de Dios; que la Iglesia, es cierto, no tiene armas para resistir á la violencia, pero que, para defenderse de la calumnia, tiene la inocencia

en sus acciones, la verdad en sus palabras y la autoridad en sus juicios (1).

Los ministros, tambien refutados con este escrito, del que se repartieron copias entre el pueblo, procuraron atacar al santo apóstol por otro lado. Pagaron escribientes para recoger sus sermones palabra por palabra, tales como salian de su boca, esperando encontrar en ellos alguna proposicion atrevida, alguna palabra poco exacta que diese lugar á la crítica y disminuyese en el pueblo la alta idea que se tenia de su ciencia. Pero Francisco, comprendiendo lo delicado de su posicion, hizo con su prudencia inútiles todos sus artificios, preparando siempre tan bien lo que debia decir, que no pudieron nunca cogerle en nada censurable, ni en el fondo del discurso, que era espresion exacta de la doctrina católica, ni en la forma y los detalles.

Viendo de nuevo frustrado su intento, recurrieron á otro medio de ataque, y este fué la vida poco edificante de los religiosos del Monasterio de la Abondance, situado en los confines del Chablais y del Faucigny, los cuales, desgraciadamente, habian decaido de su antigua regularidad. Francisco, para destruir esta acusacion en su misma raíz, fué en persona al monasterio, y habló á los religiosos tanto en particular como en general, para reducirlos á su deber. No habiendo podido obtener ningun resultado, dirigió sus quejas á un mismo tiempo á la Santa Sede por medio del Nuncio de Turin, al Duque de Saboya y al senado de Chambery. El abad comendador de la Abondance, atemorizado por los resultados que éstas denuncias podian tener para las temporalidades, se apresuró á dirigir al Príncipe y al Nuncio un magnífico elogio de sus religiosos, con una crítica amarga del Preósito, á quien acusaba de doblez y de mentira. El Duque que, así como el Nuncio, adivinó fácilmente el artificio, mientras se tomaban las medidas convenientes para la reforma del monasterio, obligó al abad á

(1) Carlos Aug., p. 141.—De Cambis, t. 1, p. 145.

á mantener á sus espensas cierto número de predicadores en el Chablais, y á pagar todos los años una suma considerable á las religiosas de Santa Clara, que estaban en una estrema pobreza (1).

Francisco estaba maravillosamente secundado en todas estas empresas por los solícitos cuidados y la poderosa intervencion del Baron de Avully. Este fervoroso católico llenaba por sí mismo las funciones del apóstol, aprovechaba todas las ocasiones de batir en brecha la herejía con argumentos sin réplica, de demostrar la verdad de la religion católica con pruebas incontrovertibles, de hacer resaltar la belleza de su doctrina, que conocia á fondo; y así, con el doble imperio de su celo y de su ciencia, atraía al aprisco á gran número de calvinistas. Los ministros, y sobre todo Viret, se estremecian de furor, tanto mas irritados cuanto que veian con increíble despecho continuar á este señor en el puesto de jefe de su consistorio ó presidente de sus asambleas, que ocupaba antes de la conversion. Hicieron los mayores esfuerzos para obtener su destitucion; pero Francisco, que tenia siempre la mirada fija en todo lo que podia servir ó perjudicar á los intereses de la religion, se apresuró á poner en conocimiento del Duque todas estas intrigas, así como los servicios que el Baron podia hacer en este puesto á la causa católica; y el Príncipe hizo saber al punto á los habitantes de Thonon, que queria no solo que el Baron de Avully siguiese siendo primer juez del consistorio, sino que tuviese en él una autoridad plena y entera.

En medio de todos estos debates, Francisco no olvidaba las últimas palabras de su conferencia con Beza, con las cuales este ministro le invitaba fuera á verlo; y el buen pastor corre á buscar á la oveja estraviada, sobre todo alentado por la llamada de ésta. Poco tiempo despues de la primera conferencia fué por segunda vez á Ginebra, acompañado de su amigo el presidente Favre. Llegado á

(1) Carlos Aug., p. 149.—De Cambis, t. I, p. 261.

casa de Beza, le introdujeron, hasta que el ministro pudiera recibirle, en una sala donde habia un retrato de Calvino, al pie del cual se leia la inscripcion siguiente:

HOC VULTU, HOC HABITU CALVINUM SACRA DOCENTEM
GENEVA FELIX AUDIIT,
CUJUS SCRIPTA PIIS TOTO CELEBRANTUR IN ORBE
MALIS LICET INGENTIBUS (1).

En el acto Francisco convino, con el presidente Favre (2), en la correccion de estos versos impíos y mentirosos con solo el cambio de tres palabras; y al presentarse Beza, «Señor, le dijo el apóstol, estaba meditando mientras »esperaba el honor de veros, sobre la belleza de vuestra »poesía; estaba admirando su estilo y su medida; pero »permitidme os diga que, para conformarla con la verdad »y hacerla digna de una eterna memoria, es necesario es- »cribir con letras de oro estos cuatro versos, modificados »solamente por el cambio de tres palabras en esta forma:

HOC VULTU, HOC HABITU CALVINUM FALSA DOCENTEM
GENEVA DEMENS AUDIIT,
CUJUS SCRIPTA PIIS TOTO DAMNANTUR IN ORBE
MALIS LICET INGENTIBUS (2).»

Esta franqueza, acompañada de un tono afable y lleno de gracia, no desagradó á Beza, recibéndolos con la mayor cortesía. Francisco presentó al que le acompañaba; y

(1) Cuya traduccion es: Estos son los rasgos verdaderos, la semejanza fiel de Calvino, este apóstol de la verdadera religion, á quien Ginebra ha tenido la dicha de oír, y cuyos escritos alaban los hombres religiosos en todo el universo, á pesar de la rabia de los malvados.

(2) Los manuscritos de la vida del Santo le conceden todo el honor de esta correccion, mas por otro lado, Faisand (*Vida de los célebres jurisconsultos.—Elogio de Favre*) se lo atribuye al presidente Favre. Es de creer que los dos amigos harian juntos esta correccion, y luego Francisco de Sales, refiriendo el hecho, atribuiria todo su mérito al presidente, y este á su vez al santo. De ahí el no estar acordes los historiadores sobre esto, que por lo demás es de poca importancia.

Beza, despues de haber dicho que tenia á mucho honor conocer á un hombre de tan raro mérito, empeñó una larga conversacion sobre materias muy elevadas. No era esto lo que queria Francisco; para abordar la controversia, objeto de su viaje, dirigió miradas á las obras de los Santos Padres, que estaban amontonadas en un rincon del cuarto, cubiertas de polvo, y preguntó que eran aquellos volúmenes (1). «Son, contestó Beza moviendo la cabeza en señal de desprecio, los escritos de los Padres antiguos, de los que hago poco caso.—Pues yo, replico, Francisco, los estimo lo que no es decible;» y cogiendo al mismo tiempo el primero que encontró á mano, le abrió. Era un volúmen de San Agustin, y leyó un pasaje donde el santo doctor dice que la gracia deja al hombre toda la libertad. «Es muy difícil comprender, dijo Beza, que el hombre pueda hacer algun movimiento sin ser impulsado por el Espíritu Santo; nunca el hombre coopera válidamente por sí mismo (2).»

Esto equivalia á decir que el Espíritu Santo arrastra la voluntad tanto al bien como al mal, que Dios lo hace todo, y que el hombre no es mas que una máquina, doctrina de los jefes del protestantismo, que niegan el libre alvedrío. Francisco, para refutar este error tan grosero, recurrió á una comparacion palpable. «Un relojero, dice, hace desde luego un reloj segun las reglas de su arte, luego lo pone en hora y le da cuerda para imprimirle movimiento; despues de esto el reloj, como por su propia voluntad y un movimiento que le es natural, recorre en el cuadrante todas las horas, en virtud de una fuerza que le ha sido dada desde el principio: del mismo modo, cuando el alma del pecador ha sido movida por el Espíritu Santo, á la compuncion del corazon es necesario,

(1) Cuya traduccion es: Estos son los rasgos verdaderos, la semejanza fiel de Calvino, este apóstol del error, á quien Ginebra ha tenido la locura de oír, cuyos escritos condenan los hombres religiosos en todo el universo, á pesar de la rabia de los malvados.

(2) Maupas, p. 121.

»para ser justificada que coopere á este primer movimiento, y luego continuando siempre cooperando á la gracia, »recorre todos los demás grados de la justificacion.»

Beza, sorprendido de esta comparacion improvisada tan oportunamente, vió que aclaraba admirablemente una cuestion que habia mirado siempre como muy oscura; pero Francisco, temeroso de que, olvidando el proverbio que dice, que toda comparacion es odiosa; *Omnis comparatio claudicat*, el ministro procurara deducir del símil algun error, añadió: «Hay sin embargo una diferencia infinita entre Dios y el relojero; este necesita para los movimientos de su reloj de los resortes que le mueven, de tal modo que sin ellos este no es dueño de andar ó no; pero Dios, en la obra de nuestra justificacion, no nos necesita; su gracia nos deja toda nuestra libertad; insta, atrae la voluntad, pero no fuerza el libre albedrío. Podemos siempre consentir ó resistir á sus movimientos; y así como sus atractivos nos comunican suavemente el poder, su suavidad mantiene poderosamente la libertad de querer. *Caritate perpetuá dilexi te; ideo attraxi te miserans* (1), dice Dios por medio de Jeremías. Dios atrae pues, no violenta. *Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: Da mihi bibere, tu forsitan petires ab eo* (2), dijo Jesucristo á la Samaritana; que es como si dijera: Tú hubieras tenido el poder de hacer esta peticion, pero hubieras sido libre de hacerla ó no. No dudais, Señor, que no sea este el sentido que San Agustin da á las palabras de Jesucristo; por lo tanto, decir que el hombre no es libre en consentir ó resistir á la gracia, es contradecir á la Escritura, á los santos Padres y á la esperiencia, y el Concilio de Trento ha condenado justamente con sus anatemas esta doctrina. No profirais esa blasfemia, Señor, porque sería acusar á Dios de ser la causa de la pérdida de los malos;

(1) «Te he amado con un amor eterno, por eso te he atraído por misericordia.»

(2) «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber, tú misma lo hubieras pedido.»